

Cinco odas de Horacio

RAMÓN IRIGOYEN

Limitándonos sólo a España, muchos son los traductores que han asesinado a Horacio, con más o menor amor, según los casos, pero el crimen, indefectiblemente, aun en el caso de Fray Luis de León, siempre se ha perpetrado. Por supuesto que no todos los homicidios del poeta de Venusa se merecen la misma sentencia y un tribunal no excesivamente severo acaso hasta podría absolver a algún que otro traductor en alguno de sus intentos (el mismo Fray Luis de León, el más horaciano de nuestros poetas clásicos, como Francisco Brines lo es de nuestros poetas contemporáneos, consiguió algunas traducciones aceptables, con alguna que otra estrofa incluso excelente, siempre y cuando uno no se acuerde mucho del original). Pero, en su mayoría, las traducciones españolas de Horacio son deplorables. El mismo Menéndez y Pelayo, que conocía prácticamente todo lo que se había traducido de Horacio en España, refiriéndose a las traducciones de la obra completa del autor de las *Odas* (las versiones de Villén de Biedma, del P. Urbano Campos y la de Joaquín Escriche), aseguraba «que quien no sea erudito o latinista (y mucho menos quien lo sea, porque éste no necesita traducciones), no podrá leer seguidas dos páginas, sin dormitar y dejar caer el libro de las manos». Mejor opinión le merecía a Menéndez Pelayo otra versión de la obra de Horacio la de Javier de Burgos, llegando a considerarla «trabajo ciertamente de primer orden,

digno de ponerse al lado de los mejores que otras naciones ostentan». Pero en este juicio de Menéndez Pelayo sobre la traducción de Javier de Burgos hay excesivo optimismo y ya Andrés Bello, el poeta y crítico venezolano, llamaba a Burgos «mal traductor y excelente comentador de Horacio».

De las traducciones modernas de Horacio al castellano no he podido ver la de Cejador y Frauca, publicada en Madrid en 1927 (*Horacio, fiel y delicadamente vuelto en lengua castellana*). La de Chamorro, *Odas y épodos* (sic), publicada por el C.S.I.C. en 1951 y reeditada en la Colección Austral de Espasa-Calpe, es otro intento frustrado de traducción. La de Lorenzo Riber, publicada por Aguilar, es una traducción pedestre, pero bastante útil para desentrañar algunas de las dificultades de los poemas originales. Por cierto que estas pedestres traducciones horacianas de Lorenzo Riber nos evidencian una vez más la dificultad de traducción de la poesía, pues el mismo traductor realizó una excelente versión de las obras en prosa de Séneca (la traducción de las *Tragedias* no es tan buena) y también excelente es su versión de las *Confesiones* y de los cinco primeros libros de *La Ciudad de Dios* de San Agustín.

Mejor es no acordarse de la traducción de la obra de Horacio preparada por Germán Salinas. Publicada por EDAF, está a la altura de las ediciones de clásicos arrojadas al mercado por esta editorial y, por tanto, plagada de errores y mal gusto. Tampoco las *Odas (selección)* editadas por R. Torner en Gredos aportan nada decisivo.

Las *Poesías escogidas* de Horacio traducidas por López Soto y publicadas por Bruguera en 1974 resultan algo más legibles que la mayoría de las traducciones citadas.

Enrique Badosa tiene anunciadas como de próxima publicación *Treinta odas de Horacio* que no sé si han sido editadas.

¿Cuándo tendremos por fin una traducción de Horacio equiparable a la excelente que del *Satiricón* nos dio Díaz y Díaz, o como la de las *Comedias* de Terencio editadas por Lisardo Rubio, o *La Guerra Civil* editada por Mariner y una docena más de textos latinos que a lo sumo se pueden citar?

ODAS DE HORACIO

Tras tantos fracasos de traducción, nadie podrá pensar que presento la versión de estas cinco odas con optimismo. Y, naturalmente, el fracaso de tantos predecesores míos no palia la tristeza por mi propio fracaso, pues si tantas traducciones antiguas de Horacio han sido verdaderos asesinatos, las modernas son más condenables, por haber degenerado en la rutina y trivialización del crimen. Y, sin embargo, en algunos momentos de acaso excesivo optimismo uno quiere creer con el poeta Jaime Gil de Biedma que, si su traducción es insatisfactoria, al menos se libró de esa facha de hospiciano tan frecuente en nuestras traducciones españolas.

El texto latino es el establecido por F. Villeneuve para la Colección Budé de *Les Belles Lettres* (París, sexta edición, 1959).

Od. I, 9

¿Ves cómo el Soracte se alza blanco de espesa
nieve y ya los bosques agobiados no pueden sostener
su carga y los ríos se han detenido
bajo la cruda helada?

Pon fin al frío echando al fuego leña 5
en abundancia y de ánfora sabina de doble asa
saca, Taliarco, con largueza
vino de cuatro años.

Deja a los dioses lo demás, que desde que abatieron 10
a los vientos que en el bullente mar
luchaban, ya ni los cipreses
ni los viejos fresnos se menean.

Evita indagar lo que será el mañana
y el día que el azar te depare, sea cuando sea,
ponlo en tu haber, y los dulces amores no desdeñes, 15
muchacho, ni tampoco las danzas,

mientras que en tu lozanía aún está lejos la penosa
vejez. Ahora ha de acudirse al Campo de Marte
y a las plazas y han de buscarse esos murmullos leves 20
a la hora convenida, hacia el anochecer

y ahora también la deleitosa risa que traiciona
a tu muchacha oculta en íntimo rincón
y esa prenda de amor que ella se quita de los brazos
o de un dedo que apenas se resiste.

Od. I, 11

Tú no indagues (sacrilegio es saberlo) qué límite, Leucónoe,
los dioses han fijado para ti, y para mí, ni consultes la astrología
babilónica. ¡Cuánto más vale sufrir cualquier azar!
Ya te conceda Júpiter más de un invierno, o éste sea el último,
el que ahora quebranta al mar Tirreno en la barrera 5
de los acantilados, sé cuerda, filtra tus vinos y para un lapso tan corto
cercena a la esperanza sus excesos. Mientras hablamos, celoso habrá huído
el tiempo: goza el día de hoy, y no te fíes nada del mañana.

Od. II, 14

Eheu fugaces, Postume, Postume.
 labuntur anni nec pietas moram
 rugis et instanti senectae
 adferet indomitaeque morti,

non, si trecenis quotquot eunt dies, 5
 amice, places inlacrimabilem
 Plutona tauris, qui ter amplum
 Geryonen Tityonque tristi

compescit unda, scilicet omnibus
 quicumque terrae munere uestimur 10
 enauganda, siue reges
 siue inopes erimus coloni.

Frustra cruento Marte carebimus
 fractisque rauci fluctibus Hadriae,
 frustra per autumnos nocentem 15
 corporibus metuemus Austrum:

uisendus ater flumine languido
 Cocytos errans et Danai genus
 infame damnatusque longi
 Sisyphus Aeolides laboris. 20

Linquenda tellus et domus et placens
 uxor, neque harum quas colis arborum
 te praeter inuisas cupressos
 ulla breuem dominum sequetur;

absument heres Caecuba dignior 25
 seruata centum clauibus et mero
 tinguet pauimentum superbo,
 pontificum potiore cenis.

Od. II, 14

Ay, Póstumo, Póstumo, fugaces
se deslizan los años y tu piedad no hará que se retrasen
 las arrugas, la vejez inminente
 y la muerte invencible,

no, ni aun cuando, amigo, cada día que pase, 5
inmoles tú trescientos toros
 al inexorable Plutón, que aprisiona
 a Ticio y al tres veces fuerte Gerión

en sus fúnebres aguas que nosotros, sí, todos
cuantos de los dones de la tierra nos nutrimos 10
 hemos de atravesar, seamos reyes
 o indigentes labriegos.

En vano nos guardaremos del sangriento Marte
y de las olas rotas del rugiente Adriático,
 en vano, en los otoños, huiremos del Austro 15
 que daña a nuestros cuerpos:

hemos de visitar el negro Cocito que se arrastra
con lánguida corriente y a la infame
 prosapia de Dánao y a Sísifo, hijo de Eolo,
 condenado a un trabajo sin fin. 20

Hay que dejar la tierra y la casa y la mujer
que nos deleita, y de estos árboles que cuidas,
 salvo los odiosos cipreses,
 a ti, su dueño efímero, ninguno ha de seguirte.

Un sucesor más digno consumirá el céculo 25
que tú bajo cien llaves has guardado y bañará
 el pavimento con el soberbio vino,
 que para sus banquetes quisieran los pontífices.

Od. III, 9

«Donec gratus eram tibi
nec quisquam potior bracchia candidae
ceruici iuuenis dabat,
Persarum uigui rege beatior.»

«Donec non alia magis
arsisti neque erat Lydia post Chloen,
multi Lydia nominis,
Romana uigui clarior Ilia.» 5

«Me nunc Thressa Chloe regit,
dulcis docta modos et citharae sciens,
pro qua non metuam mori,
si parcent animae fata superstiti.» 10

«Me torret face mutua
Thurini Calais filius Ornyti,
pro quo bis patiar mori,
si parcent puero fata superstiti.» 15

«Quid si prisca redit Venus
diductosque iugo cogit aeneo,
si flaua excutitur Chloe
reiectaeque patet ianua Lydiae?» 20

«Quamquam sidere pulchrior
ille est, tu leuior cortice et inprobo
iracundior Hadria,
tecum uiuere amem, tecum obeam lubens.»

Od. III, 9

—«Mientras yo te agradaba
y ningún muchacho, favorito tuyo, anudaba sus brazos
a tu radiante cuello,
más que el rey de los persas fui dichoso.»

—«Y mientras tú no te abrasaste
más por otra, y Lidia no venía tras tu Cloe,
yo, Lidia, la de inmenso renombre,
fui más famosa que Ilia la Romana.»

—«A mí me manda ahora una tracia, Cloe,
sabia en dulces acordes y virtuosa de la cítara, 10
por quien morir no temería,
si a ella, mi alma, respetaban los hados, y me sobrevivía.»

—«Con recíproco fuego me socarra
Calais, hijo de Órnito de Turio,
por quien dos muertes sufriría yo, 15
si al muchacho los hados respetaban, y me sobrevivía.»

—«¿Y qué tal si retorna aquel amor de antaño
y nos reúne con su broncíneo yugo tras nuestra desunión,
y si, tras arrojar de mí a la rubia Cloe,
a la Lidia que repudí abro mis puertas?» 20

—«Aunque él es más hermoso
que un lucero, y tú eres más ligero que el corcho
y aun más irritable que el sañado Adriático,
vivir quiero contigo y yo contigo moriría a gusto.»

Od. IV, 7

Diffugere niues, redeunt iam gramina campis
 arboribusque comae;
 mutat terra uices et decrescentia ripas
 flumina praetereunt;
 Gratia cum Nymphis geminisque sororibus audet 5
 ducere nuda choros.

Inmortalia ne speres, monet annus et alium
 quae rapit hora diem.

interitura simul 10
 pomifer autumnus fruges effuderit, et mox
 bruma recurrit iners.
 Frigora mitescunt Zephyris, uer proterit aestas,

Damna tamen celeres reparant caelestia lunae:
 nos ubi decidimus
 quo pater Aeneas, quo diues Tullus et Ancus, 15
 puluis et umbra sumus.

Quis scit an adiciant hodiernae crastina summae
 tempora di superi?

Cuncta manus auidas fugient heredis, amico
 quae dederis animo. 20

Cum semel occideris et de te splendida Minos
 fecerit arbitria,
 non, Torquate, genus, non te facundia, non te
 restituet pietas;
 infernis neque enim tenebris Diana pudiciora 25
 liberat Hippolytum,
 nec Lethaea ualet Theseus abrumpere caro
 uincula Pirithoo.

Od. IV, 7

Las nieves se han marchado, los céspedes ya vuelven a los campos,
 las frondas a los árboles;
 la tierra cambia de estación y en su mengua los ríos
 discurren por sus cauces;
 la Gracia con las Ninfas y con sus dos hermanas desnuda 5
 osa guiar sus danzas.

Nada inmortal esperes, te lo advierte el año y la hora
 que nos arrebató el almo día.

Los fríos se apaciguan con las brisas, a la primavera la arrolla el verano,
 que ha de morir en cuanto 10
 derrame sus dones el frutal otoño, y pronto
 regresa el yerto invierno.

Pero al menos las lunas reparan pronto los daños de los cielos:
 mas nosotros cuando caemos
 en donde nuestro padre Eneas, en donde el rico Tulo y Anco, 15
 somos ya polvo y sombra.

¿Quién sabe si los dioses celestiales al total del día de hoy
 añadirán las horas de mañana?

Escapará a las manos codiciosas del heredero todo lo que a ti mismo
 amistosamente te regales. 20

Una vez que hayas muerto y sobre ti haya emitido Minos
 su augusta sentencia,
 ni tu origen, Torcuato, ni tu labia, ni tu piedad
 te van a devolver la vida;
 pues ni Diana de las tinieblas infernales libera 25
 al casto Hipólito,
 ni es capaz Teseo de romper las cadenas leteas
 de su querido Piritoo.

